

Cientificismo, kantismo y esencialismo (a propósito de un libro de Tom Sorell)¹

JAVIER RODRIGUEZ ALCÁZAR
(Universidad de Granada)

Los comentarios que siguen vienen motivados por la aparición en nuestro idioma del libro de Tom Sorell *Scientism: Philosophy and the Infatuation with Science* (Londres, Routledge, 1991). En su versión castellana (Barcelona, Península, 1993), el libro ha sido bautizado con el título de *La cultura científica: mito y realidad*. En el haber de esta edición anotamos la correcta traducción de Valeriano Inzaco; en el debe, la presencia de algunas erratas y otros pequeños deslices que denotan una revisión editorial insuficiente.

El tema central del libro es la crítica del cientificismo filosófico, entendido como aquella posición que otorga a la ciencia un lugar excesivamente privilegiado en la topología del saber y tiende, por ello, a hacer de la filosofía una rama de la ciencia en vez de una disciplina con objetivos y método propios. El autor recorre diversas versiones de este punto de vista desde el siglo xvii a nuestros días, señala sus insuficiencias y propone una concepción más equilibrada y (así lo declara el mismo Sorell repetidamente) marcadamente kantiana de las relaciones entre las ciencias y el resto de la cultura. En su recorrido por las variedades del cientificismo, Sorell incluye en primer lugar a autores como Descartes, Bacon, Locke, los positivistas lógicos y C. P. Snow, para luego dirigir sus dardos críticos contra lo que denomina «nuevo cientificismo» (esto es, el *naturalismo* de autores como Quine o Patricia Churchland) y contra las concepciones naturalistas de la ética y de las ciencias sociales.

La propuesta positiva de Sorell es, en pocas palabras, un intento (no, desde luego, el primero) de nivelar en el orden del mérito la ciencia y las disciplinas humanísticas (filosofía, arte, etc.). Ahora bien, la nivelación citada puede evidentemente llevarse a cabo, como el propio autor señala, al menos por dos vías bien distintas. La primera consiste, dicho crudamente, en bajar a la ciencia del pedestal en que la ha colocado el cientificismo (una reacción que Sorell ejemplifica en autores como Rousseau, Nietzsche y, más recientemente, Müller-Hill, Richard Rorty y el crítico de Snow, F. R. Leavis). La segunda, favorecida por Sorell, consiste en una nivelación al alza en la que, sin moderarse la admiración por la ciencia, se revaloricen otras facultades y otras ra-

¹ Este trabajo se ha realizado gracias a la ayuda recibida de la Dirección General de Investigación Científica y Técnica, dentro del Programa Nacional de Becas de Formación de Personal Investigador en el Extranjero.

mas del conocimiento. Sorell toma a Kant como fuente para esta estrategia. En opinión de Sorell, el concepto amplio de razón propugnado por Kant, al abarcar tanto el ámbito teórico como el práctico, «sin asimilar lo práctico a lo teórico, y sin dar el valor más alto a lo teórico» (p. 59), permite desarrollar una imagen de las relaciones entre las ciencias y las humanidades en la cual ambas son vistas como medios complementarios de conocimiento (p. 127). En esta complementaridad entre ciencias y humanidades, Sorell otorga a la filosofía un destacado papel de *mediación* entre unas y otras (p. 144).

La temática abordada en el libro es de gran interés para todos aquellos interesados por el porvenir de la filosofía en el contexto presente, marcado por el predominio social e intelectual de la ciencia. El trabajo aporta en este punto una discusión de amplitud poco habitual y estimulante incluso para quienes no compartimos ni el diagnóstico ni la terapia de Sorell. Dicho esto, quisiera señalar qué hay, a mi juicio, de poco satisfactorio en la descripción que el autor realiza de las diversas versiones del cientificismo y en su propuesta alternativa.

En primer lugar, la descripción histórica de Sorell peca de indiscriminada. Bajo el rótulo de *cientificismo* se agrupan posiciones filosóficas tan dispares como para requerir, si es que lo requieren, medicinas muy diversas en su tratamiento. Así, no parece adecuado juzgar a todos los representantes del positivismo lógico a la luz de la ingenua concepción de von Mises para la unificación de las distintas disciplinas humanísticas bajo el modelo de la ciencia. Y son, precisamente, las posiciones de von Mises las que, de entre las positivistas, reciben con diferencia un tratamiento más extenso por parte de Sorell. Tampoco es justo, pasando ahora al «nuevo cientificismo», embarcar en la misma nave a Quine, que rechaza expresamente la naturalización de la ética (cfr. «On the Nature of Moral Values», en *Theories and Things*), con acercamientos naturalistas a este terreno como el del sociobiólogo Wilson y el de Michael Ruse en *Taking Darwin Seriously*. Esta caracterización amplia permitiría, dadas las pretensiones científicas de la historia marxista, incluir a Marx y Engels (como el mismo Sorell sugiere, p. 26) en el mismo saco cientificista, a pesar de las diferencias de bulto existentes entre las concepciones marxista de la ciencia y la de los positivistas, mucho más celosos en separar su actividad filosófica y sus propósitos políticos.

Otro lastre del análisis de Sorell viene dado por lo que podemos llamar visión *esencialista* de las relaciones entre la ciencia y la filosofía, un presupuesto no expreso que aflora principalmente cuando Sorell se enfrenta con el «nuevo cientificismo» o naturalismo de autores como Quine. Por visión *esencialista* me refiero a la tendencia a utilizar los términos «ciencia» y «filosofía» como si se refirieran a dos disciplinas (o grupos de disciplinas) que, si bien han podido variar históricamente en aspectos «accidentales», poseen en cada caso una cierta esencia más o menos identificable y más o menos inmutable. De este modo, la ciencia y la filosofía en cierto sentido se *reifican*, son vistas a través de una metáfora que les atribuye ciertas propiedades de los objetos sólidos, en particular la de poseer unos límites bien definidos y la de no poder ocupar cada una el mismo espacio que la otra. Con esta visión como supuesto tácito, la cuestión de las posiciones relativas de ciencia y filosofía se encara como se encararía la decisión acerca de cómo situar dos objetos macizos y opacos en una es-

tantería: ¿lo colocaremos a la misma altura o uno por encima del otro?; ¿cuál de ellos situaremos, en su caso, en la posición más elevada? Pero la cuestión es algo más complicada, como lo muestra una levisima mirada a la historia: las definiciones de la ciencia y de la filosofía, las concepciones de sus métodos, sus objetivos y sus límites han variado desmesuradamente con el tiempo. La ciencia y la filosofía no se han comportado históricamente en su relación recíproca como dos objetos macizos, sino más bien como dos líquidos de densidades variables: imposibles de mezclar, como agua y aceite, en ciertas ocasiones, en otras mutuamente solubles hasta confundirse en un solo brebaje. Tanto en el nivel de la propuesta programática como en el de la efectiva práctica intelectual, el muestrario de las relaciones entre ciencia y filosofía abarca desde la coextensividad a la exclusión recíproca, pasando por el solapamiento.

Ahora bien, una vez que desterramos esa visión *esencialista*, ciertas críticas de Sorell a las posiciones científicistas y naturalistas pierden buena parte de su base. Consideremos, por ejemplo, una crítica que Sorell dirige a la *epistemología naturalizada* representada por Quine. De acuerdo con esta crítica, una epistemología *científica* como la propuesta por este autor *no puede* ocuparse de las cuestiones filosóficas centrales de la tradicional teoría del conocimiento (entre ellas, el problema del escepticismo). Esta objeción sería quizás acertada si pudiéramos entender la ciencia y la filosofía, en el tenor de la metáfora esencialista, como dos juegos irremediabilmente distintos, definidos para siempre por dos listas de normas que determinarían los problemas eternos a resolver por cada una y la metodología que una y otra deben emplear para abordarlos. Pero quien piensa en estos términos olvida que la propuesta de naturalización constituye un programa *reformador* que no sólo afecta a las relaciones extrínsecas entre ciencia y filosofía (en particular, entre ciencia y epistemología). Pues la reforma de esas relaciones también obliga a modificar radicalmente nuestra concepción de la filosofía y hasta (si bien esto último es insuficientemente apreciado por el propio Quine y otros filósofos naturalistas) nuestra concepción de la ciencia. La *naturalización* plantea un reto metodológico a la epistemología, que ya no puede desarrollar sus especulaciones de espaldas a la información proporcionada por el conjunto de la ciencia, pero también se lo plantea a esta última, que ahora ha de hacerse cargo de las inquietantes preguntas de la teoría del conocimiento.

En resumen, lo que Sorell no parece haber comprendido es que el naturalismo no es únicamente una tesis acerca de la relación entre dos instancias definitivamente dadas, la ciencia y la filosofía, sino una propuesta acerca de lo que *son* la ciencia y la filosofía. Naturalmente, uno puede tener buenas razones para rechazar tal propuesta, pero Sorell no proporciona ese tipo de razones. Las críticas de Sorell recuerdan, más bien, a las de quienes censuraban a Wittgenstein (incluso por medio de poesías satíricas) por utilizar a diestro y siniestro aquellas mismas expresiones que él mismo, en el *Tractatus*, había excluido del lenguaje en tanto que carente de significado; estas críticas eran, por supuesto, inofensivas, al pasar por alto lo que realmente estaba en juego: unas novedosas y (ellas sí) discutibles definiciones de «lenguaje» y «carente de significado».

Pasemos ahora del análisis crítico de Sorell a su propuesta positiva para las rela-

ciones entre la ciencia y el resto de la cultura. Resulta difícil no mirar con simpatía su bienintencionado llamamiento a nivelar al alza ciencias y humanidades y a la cooperación de unas y otras en la construcción del conocimiento. Sin embargo, los mencionados lastres de su análisis hacen que su propuesta no pase de un llamamiento voluntarista a mirar con igual respeto a las ciencias y a las letras. Una vez, en efecto, que prescindimos de la visión *esencialista* descrita más arriba, la cuestión de la clasificación relativa de las disciplinas en la tabla pierde gran parte de su mordiente y deja paso a la cuestión verdaderamente importante: *¿qué tipo de conocimiento queremos?* En particular, ¿queremos un conocimiento fragmentado en multitud de disciplinas especializadas, escindido entre las consideraciones teórico-descriptivas y las práctico-normativas, un conocimiento ciego respecto a su propio sentido y a su función en el desarrollo humano? Y es a estas preguntas a las que la propuesta «kantiana» de Sorell no parece capaz de proporcionar una respuesta satisfactoria. ¿Basta acaso con afirmar, por ejemplo, la necesidad de complementar el saber científico con el filosófico, sin poner en cuestión que la filosofía pueda haberse convertido en un coto cerrado sobre sí mismo, víctima de la misma hiperespecialización y del mismo academicismo endémicos en otras áreas del conocimiento?

La propuesta de Sorell pretende devolver su dignidad a las palabras que usamos para nombrar las disciplinas humanísticas, pero no nos dice cómo escapar al panorama de una ciencia ciega y de un pensamiento moral impotente. Y, a decir verdad, parece difícil que nadie pueda encontrar la receta en las fuentes del kantismo. Es cierto que Kant amplía (respecto a Bacon o Hume) el concepto de razón para atribuir a ésta un uso práctico. Pero también es cierto que en el interior de esa razón se reproduce la escisión dramática entre el discurso sobre el ser y el discurso sobre el deber ser, una escisión que se superpone a la no menos radical entre lo fenoménico y lo nouménico: un panorama de escisiones demasiado parecido a la situación actual de los saberes como para parecer deseable. La propuesta «kantiana» de Sorell intenta devolver su dignidad a la filosofía y a las humanidades a través de la reivindicación de su *autonomía* con respecto a la ciencia, cuando parece mucho más necesario subrayar la *continuidad* entre las distintas regiones del conocimiento. Esa continuidad se busca (si bien es verdad que sólo entre ciertas regiones privilegiadas) en algunos de los proyectos tildados por Sorell de «cientificistas»: Probablemente ninguno de ellos ha conseguido proporcionar todavía un modelo lo suficientemente equilibrado e integrador para las relaciones entre la ciencia y las humanidades. Pero no creo que precisamente Sorell o Kant estén en condiciones de ofrecernos una solución mejor.